Miarma Town

XITO PARRONDO

Miarma Town

ALMUZARA

© Xito Parrondo, 2025
© Editorial Almuzara, s.l., 2025

Primera edición: septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Novela
Editora: Rosa García Perea
Maquetación: Miguel Andréu

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 — Córdoba

Imprime: Liberdúplex
ISBN: 978-84-10528-71-0
Depósito: CO-1330-2025
Hecho e impreso en España — *Made and printed in Spain*

Los hijos han dejado de obedecer a sus padres
y todo el mundo escribe libros.
Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.)

Dedicado a mis amigos policías:
Íñigo, Juanma, Álvaro, Julio y Samuel.
Ellos saben que lo que escribo sobre la Policía en este libro es pura ficción y que detrás de cada línea hay un profundo respeto y cariño por su trabajo y por la amistad que nos une.

También se lo dedico, en especial, a mi familia.

A la memoria de Javier Elias Zambrano

Índice

Tradición 11
Marisa I 13
Ignacio I 25
Marisa II 35
David Naranjo I 47
Kentosty I 61
Luis Alfredo I 73
Gorka I 83
Miguel 93
Ignacio II 97

Herejía 99
David Naranjo II 101
Marisa III 111
Gorka II 119
Kentosty II 129
David Naranjo III 139
Luis Alfredo II 151
Marisa IV 163

Se acabaron los relatos 173
Gorka III 175
Kentosty III 183
David Naranjo IV 189
Luis Alfredo III 199
Gorka IV 209
David Naranjo V 217
David Naranjo VI 229
Ignacio III 235
Gorka V 241

Epílogo 249

Agradecimientos 261

Tradición

1
Marisa I

2015

Marisa removía el café con desgana, sin prisa, con la mirada perdida en la negrura del líquido, como si en el fondo de la taza pudiera encontrar alguna respuesta que ni siquiera sabía que buscaba. Delante de ella, el periódico abierto. Pasaba las páginas con la misma rutina con la que se sobrevive a los días, sin esperar sorpresas, sin esperanza ni desengaño, solo con la inercia de quien ya ha leído demasiadas veces las mismas historias con distintos nombres, hasta que sus ojos tropezaron con el horóscopo:

«Capricornio: Hoy cumplirás todos tus anhelos»

Marisa alzó una ceja, escéptica. «Tonterías», pensó. Como si la vida funcionara así. Como si todo se redujera a una línea escrita por algún becario medio dormido en una redacción. Pero ahí seguía, sin pasar la página, sin apartar la vista, con el ceño fruncido.

No creía en esas cosas. Nunca lo había hecho. Pero, por primera vez, sintió un ligero escalofrío. Un pensamiento absurdo, incómodo, que no quería reconocer ni para sí misma. ¿Y si, por una vez, el periódico no mentía?

Salió temprano de la oficina con un propósito claro: sorprender a Ignacio. Hoy iba a ser el día. El día en que todo

cambiaría. Sabía que él no se había tomado bien su indecisión. Lo de aplazar la respuesta a su propuesta de matrimonio había sido casi una ofensa. Ignacio no era un tipo paciente, nunca lo había sido. Pero Marisa tampoco era una ingenua de novela romántica. No tenía mariposas en el estómago ni veía fuegos artificiales cada vez que él la miraba. Era consciente de que Ignacio distaba mucho de ser un príncipe azul. A decir verdad, era capaz de lo mejor y de lo peor. Si era sincera consigo misma, a veces ni lo soportaba. Pero ¿acaso el amor era un cuento de hadas? No. Consistía en elegir a alguien que te garantizara estabilidad, alguien con quien compartir la vida sin hacerte la puñeta mutuamente a diario. Y en eso, Ignacio tenía sus ventajas. Porque, sí, era un capullo. Eso nadie lo ponía en duda. Ni siquiera ella. Pero había aprendido a aceptar que el mundo está lleno de capullos casados. Amigos, primos, vecinos; hasta el taxista que la llevó aquella mañana al trabajo le había hablado de su mujer con resignación. Y ahí seguían todos, con su pareja, su casa compartida y sus problemas perfectamente funcionales. Al final, el secreto no estaba en encontrar a alguien perfecto, sino en encontrar a alguien con quien los defectos fueran soportables.

Y luego estaba el otro asunto. Los niños. Nunca se había sentido de esas mujeres que hablan del reloj biológico con la urgencia de una bomba a punto de estallar. No necesitaba la maternidad para sentirse realizada. Pero el tiempo no perdona y, si quería tenerlos, mejor ahora. No iba a ser de esas madres que llegan a la adolescencia de sus hijos con más años de los que deberían. Así que había tomado una decisión. Y, cuando Marisa tomaba una decisión, no había vuelta atrás.

Cuando cruzó la puerta, se obligó a grabar cada detalle. El olor, la luz, hasta el leve crujido de la tarima bajo sus tacones. Quiso que aquel instante se quedara impreso en su memoria, como un cuadro que en el futuro pudiera mostrar a sus hijos y nietos. Algo que recordar cuando todo aquello

fuera solo una anécdota lejana, la historia de cómo empezó el resto de su vida.

Se le ocurrió sacar la Polaroid del cajón y hacer una foto. Una tontería, seguro; Ignacio la miraría con esa media sonrisa suya, condescendiente, como si la considerara una niña caprichosa. Pero a ella le daba igual. En el fondo, Marisa tenía alma de romántica.

Abrió la puerta corredera del salón y disparó la foto al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Cariño, sorpresa!

Y entonces lo escuchó. Jadeos. Gritos. El sonido inconfundible de dos cuerpos entregados al placer. El corazón le dio un vuelco, una puñalada seca en el pecho. Pero, al girarse, vio la pantalla del televisor encendida. Una película. Solo eso. Sintió el alivio correrle por las venas; ridículo, vergonzoso. «Qué tontería», pensó. ¿En qué clase de telenovela creía estar? Apagó la tele.

Y los jadeos siguieron.

Por un segundo, el tiempo se volvió espeso, inmóvil. No era la pantalla. No eran unos actores mal doblados gimiendo en estéreo. El sonido venía del pasillo. De su dormitorio.

Avanzó como en un sueño, con el pulso latiéndole en las sienes, con la certeza helada de lo que estaba a punto de ver.

Y allí estaba Ignacio.

Sudoroso, agitado, con el torso brillante bajo la luz de la lámpara. Embestía con un ritmo metódico, casi solemne, con la cadencia lenta y pesada de una procesión de Semana Santa, pero con una devoción infinitamente mayor.

Y debajo de él, con la espalda arqueada y la boca entreabierta, Isabel.

Isa.

Su amiga.

Su casi hermana.

La misma a la que había consolado entre lágrimas cuando su novio la dejó tirada. La misma a la que le había dicho «tie-

nes que rehacer tu vida» sin imaginarse que lo haría con su propio hombre.

Marisa no gritó. Ni siquiera tembló. Se quedó allí, de pie, inmóvil, mirándolos como si fueran una escena en una exposición, un cuadro grotesco enmarcado en las paredes de su propia casa.

Ellos aún no la habían visto. Marisa dio un paso atrás. Luego otro. Sin hacer ruido, salió de la habitación. En el portal, una vecina entrometida la abordó con su habitual tono inquisitivo.

—Hija, ¿y tu Ignacio? Hace tiempo que no lo veo.

Marisa le sostuvo la mirada, esbozó una sonrisa y respondió con voz serena:

—Fornicando con mi amiga. ¡Está estupendamente!

Y se marchó, dejando atrás a la vecina, que se quedó con la boca abierta, luchando por procesar la información.

Salió a la calle sin rumbo, con el aire frío cortándole la cara, y una risa amarga, casi incrédula, le brotó de los labios. Pensó en la hipoteca compartida, en la trampa de las decisiones que parecen sensatas. Su abuela siempre decía aquello de «para puta y en chancletas, quieta». Nunca lo entendió del todo, pero ahora intuía que, quizá, su desgracia estaba en no haber comprendido a tiempo lo que eso significaba.

Horas más tarde, paseaba junto al Guadalquivir, dejando que la brisa le enfriara las ideas. Volvía a tener dieciocho años, estaba sola en Madrid por primera vez. Un viaje que había marcado el principio de todo. Y, ahora, de alguna forma, también el final.

2001

Si la alegría pudiera medirse en saltos, a estas alturas llevaría un chichón de tanto estrellarme contra la luna. Así de contenta estoy. No dejo de repetirme: «Marisa, tienes delante la oportunidad de tu vida. Nada menos que encargada de

tienda en Blockbuster». No es cualquier cosa. Es el videoclub definitivo, el que marcará un antes y un después en la sociedad. Un trabajo para toda la vida.

Por ahora solo me llevo una película cada dos semanas, pero, cuando sea jefa…, lo haré todos los días. Eso sí es vivir. Y, además, da gusto ver cómo se potencia el talento joven, sobre todo el de las mujeres. Somos mayoría y, para rematar, ascendemos. Ahí está mi amiga Encarni, que ya es jefa. Las malas lenguas dicen que porque se ha liado con Javier, el jefe de zona sur. Qué casualidad. Seguro que los mismos que lo dicen también creen que el roce no hace el cariño. En fin, que la gente habla por hablar. Encarni se lo merece, porque curra como la que más. Y Javier, además, es simpático.

El puesto nos lo jugamos entre Yoli y yo. Es buena chavala, pero viene con lastre. Se casa con su novio de toda la vida, Enrique. Pues que se case. Todo no se puede tener en la vida.

Las tías de mi madre decían que no llegaría a nada, que acabaría limpiando escaleras. Pues aquí estoy, con aspiraciones, con futuro, con ganas de comerme el mundo. Y no me va a parar nadie.

El único inconveniente de todo esto es el maldito autobús. Seis horas de trayecto y Yoli moviéndose como un perro soñando con correr. Dentro de poco eso se acabará. Cuando gane dinero de verdad, viajaré solo en AVE. Nadie me clavará los codos y podré, si me da la gana, encenderme un puro en el vagón, como hacen los millonarios. Sí, como mi padre en las bodas. Pero yo lo haré sin necesidad de celebrar nada. Un habano de los auténticos, aunque no me guste. Porque hay cosas que no se hacen por placer, sino por lo que representan.

Ojalá mi madre estuviera aquí. Se quedaría boquiabierta con este piso. Porque no es una pensión cutre de esas con bombillas desnudas y sábanas que raspan ni un hotel de tres estrellas con moqueta descolorida y olor a fritanga. No. Nos han dado un piso de la empresa. Y no en cualquier sitio; no,

señor. En plena Castellana. Que hasta sale en el *Monopoly*. De los caros. Como la mansión del príncipe de Bel-Air, pero en versión pisito madrileño.

—¡Qué suerte, Marisa! —me dice Yoli con los ojos como platos.

—¡Qué suerte! —le respondo sin acabar de creérmelo.

Mi primera vez en los Madriles. Me falta la boina para ser Paco Martínez Soria en versión femenina. Bajamos del autobús y nos pedimos unas cervezas. Un brindis por nuestra nueva vida. El camarero se parte de risa con nuestro acento. Que los andaluces somos muy graciosos. Tópicos. Para un europeo, un español es un vago que duerme la siesta, adora los toros y toca las palmas con cualquier excusa. Para un español, eso es un andaluz. Para un andaluz, un sevillano. Y, para un sevillano, un trianero. Un juego de muñecas rusas hecho a base de prejuicios.

Mi barrio es el tópico en carne y hueso. Pero ¿para qué explicarlo? ¿Para qué decir que no todos bailamos sevillanas, que muchos aborrecemos la siesta, los chistes fáciles y la holgazanería? A mí, de los toros, lo único que me interesa es la carne. Un buen chuletón con patatas. Cuando sea rica, tendré un *jacuzzi* en cada baño. Como leí una vez en el *¡Hola!*, la riqueza de una persona se mide en cuántos cuartos de baño tiene. Mi sueño es tener veinte o treinta.

No comprendo qué demonios pasa en Madrid con los churros fríos. En el sur los llamamos calentitos por algo. Porque están calientes, carajo. Lo que no puede ser es ponerles ese nombre y luego servirlos helados. Claro que, aquí, ni churros ni leches. Nos han llevado los superjefes a cenar a un restaurante de esos lujosos, de los que tienen más cubiertos en la mesa que un regimiento. También ha venido Javier, el jefe de zona sur, que es el amigo especial de Encarni, la compi que ascendió.

Yo, por si acaso, aviso de que conmigo no cuenten para pagar. Nos han traído porque han querido y dicen que nos

invitan porque les hemos caído bien. Que si las andaluzas somos muy salerosas y que qué arte tenemos. Otra vez los tópicos. Aunque mejor me callo. Con que me asciendan, me doy por satisfecha. No haría falta ni la cena. Pero cuando una es desconfiada por naturaleza, se le pasan cosas raras por la cabeza. Que si el sitio tan glamuroso, que si las miradas. Por un momento, imaginé que nos estaban insinuando algo. Luego veo que también ha venido Javier y me tranquilizo. Tengo demasiada imaginación.

Hasta que Javier se larga antes de tiempo.

¡Qué cabrón! Estoy segura de que le han dado la orden de esfumarse. Yoli se encierra en el baño a llorar cuando nos damos cuenta de que nos están jugando a los dados. Al principio pensamos que era una broma. Para ellos seguro que lo era. A mí, desde luego, no me hizo ni puta gracia. Yoli, de los nervios, se rio. La pobre no sabe ni cómo reaccionar. Joder, qué pardillas hemos sido. Todo encajaba: el piso de lujo, la facilidad para ascender, lo de Encarni. Teníamos la trampa delante de las narices y nos la hemos comido con patatas.

Cuando vuelvo del baño y veo el percal, decido cortar por lo sano. Les digo que nos vamos. Que Yolanda no se encuentra bien, que tenemos que descansar porque al día siguiente madrugamos. El menos calvo me suelta que madrugaremos si ellos quieren. Que, si ellos quieren, no hace falta. Solo se me ocurre responder:

—¡Gracias!

Menuda mierda de respuesta. Lo pienso en el instante mismo en que la pronuncio. Pero ya está dicho. Agarro a Yolanda y les repito que lo sentimos mucho, pero que nos vamos en un taxi. Se enfadan, claro. Creo que a mí me había tocado el más calvo. Fantástico. Esto no venía en ningún manual de la facultad.

Cuando por fin estamos en el taxi, el más calvo lo para y se sube sin más. Dice que quiere ir a un puticlub porque nosotras somos unas aguafiestas. El taxista lo deja en la puerta de

uno que parece un palacete. Antes de bajar tiene el detalle, poco habitual entre puteros, de pagarnos la carrera hasta el piso de la Castellana. Qué generoso.

Ahora estamos en el apartamento, sanas y salvas. Rezando para que no se presente ninguno. Si a mi madre le contara solo una parte, le daría un ataque.

Yoli me da las gracias. Me dice que ella no quería hacerlo con el menos calvo. Que solo ha estado con su novio Enrique, que lo quiere mucho. Que al menos calvo no.

A la mañana siguiente, suena el fijo de la casa. Es el jefe de Recursos Humanos. Le agradece a Yoli su esfuerzo y le desea suerte para la próxima oportunidad. Hasta ahí ha llegado su aventura. Yo, en cambio, solo tengo que hacer el curso y el puesto es mío. Debería estar contenta. Pero no lo estoy. Yoli me pregunta si quiero irme con ella.

—No —le digo—. Me quedo. No te preocupes por mí.

Me despido de mi amiga. Por muy cerdos que fueran, quiero pensar que lo de anoche se les fue de las manos con el alcohol. Que en el fondo son tipos decentes. O que, si pasa algo, podré esquivarlo. Tal vez me ciega el ascenso. No quiero recordar al más calvo de los superjefes. Espero que su paso por el prostíbulo lo haya dejado relajado. Ahora debo centrarme en el curso de encargada.

Por si acaso, antes de irme a las oficinas, busco una ferretería y le pongo un pestillo a la puerta de la habitación donde duermo. Quiero suponer que solo tuvieron un mal día. Todo el mundo tiene derecho a uno.

En la central, siendo honesta, la jornada ha ido bien. Subo en el ascensor hasta el octavo piso y me repito que imaginar cosas no sirve de nada. Tranquila. Encima, el curso no se me ha hecho pesado y no hay ni rastro de los superjefes calvos. Sí de Javier. Quizá las malas lenguas tenían razón sobre Encarni. Quizá es una trepa y se acostó con él para ascender. Aunque Javier no es igual que los otros. Es más joven, lleva